

David Foerkinos

La biblioteca de los libros rechazados



LA VENDEDORA
DE LENCERÍA



¿EL AUTOR?



LA EDITORA



EL CRÍTICO
LITERARIO



LA VIUDA



EL ESCRITOR
FALLADO

En Crozon (Bretaña), un bibliotecario decide albergar todos los manuscritos que han sido rechazados por los editores. Estando de vacaciones en la localidad bretona, una joven editora y su marido escritor visitan la biblioteca de los libros rechazados y encuentran en ella una obra maestra: *Las últimas horas de una historia de amor*, novela escrita por un tal Henri Pick, fallecido dos años antes.

Pick regentaba, junto a su viuda Madeleine, una pizzería, y según ella nunca leyó un solo libro y mucho menos escribió nada que no fuera la lista de la compra. ¿Tenía el autor una vida secreta?

Rodeado de un gran misterio, el libro triunfa en las librerías, provoca efectos sorprendentes en el mundo editorial y cambia el destino de muchas personas, especialmente el de Jean-Michel Rouche, un periodista obstinado que duda de la versión oficial de los hechos. ¿Y si esta publicación no es más que un cuidado plan de *marketing*?

«Esta biblioteca es peligrosa».

ERNST CASSIRER,
en referencia a la biblioteca Warburg

Primera parte

1.

En 1971, el escritor norteamericano Richard Brautigan publicó *The Abortion*^[1]. Se trata de una intriga amorosa bastante peculiar entre un bibliotecario y una joven de cuerpo espectacular. Un cuerpo del que esta es víctima, por decirlo de alguna manera, como si la belleza estuviera maldita. Vida, que así se llama la protagonista, cuenta que un hombre se mató al volante por culpa suya; subyugado por aquella transeúnte pasmosa, sencillamente se olvidó de que iba conduciendo. Tras el batacazo, la joven echó a correr hacia el coche. Al conductor, ensangrentado y agonizante, solo le dio tiempo a decir, antes de morir: «Qué guapa es usted, señorita».

A decir verdad, la historia de Vida nos interesa menos que la del bibliotecario. Pues en él reside la peculiaridad de esta novela. El protagonista trabaja en una biblioteca que acepta todos los libros que han rechazado las editoriales. Se puede uno encontrar allí, por ejemplo, con un hombre que ha acudido a dejar un manuscrito tras haber padecido cientos de rechazos. Y de esa forma se van juntando ante los ojos del narrador libros de todo tipo. Se puede dar allí tanto con un ensayo como *El cultivo de las flores a la luz de las velas en una habitación de hotel* cuanto con un libro de cocina que recoge todas las recetas de los platos que aparecen en la obra de Dostoievski. Una gran ventaja de esta organización: es el autor quien elige el lugar que quiere en los estantes. Puede deambular entre las páginas de sus colegas malditos antes de localizar el sitio que le corresponde en esa forma de antiposteridad. En cambio, no se acepta

ningún manuscrito que llegue por correo. Hay que ir en persona a dejar la obra que no ha querido nadie, como si esa acción simbolizara la voluntad postrera de abandonarla definitivamente.

Algunos años después, en 1984, el autor de *The Abortion* puso fin a sus días en Bolinas (California).

Volveremos a hablar de la vida de Brautigan y de las circunstancias que lo condujeron al suicidio, pero, por ahora, quedémonos con esta biblioteca fruto de su imaginaria. Muy a principios de la década de 1990, aquella idea suya tomó cuerpo. Un apasionado lector creó, para rendirle homenaje, la «biblioteca de los libros rechazados». Así fue como nació la Brautigan Library, que da acogida a todos los libros huérfanos de editorial que vieron la luz en los Estados Unidos. En la actualidad se halla en Vancouver^[2], en el estado de Washington. La iniciativa de este entusiasta partidario suyo seguramente habría emocionado a Brautigan, pero ¿conocemos alguna vez de verdad los sentimientos de un muerto? Cuando se creó la biblioteca, la información fue pasando por muchos periódicos, y también se la mencionó en Francia. El bibliotecario de Crozon, en Bretaña, sintió deseos de hacer otro tanto. En octubre de 1992, concibió de este modo la versión francesa de la biblioteca de los libros rechazados.

2.

Jean-Pierre Gourvec estaba orgulloso del letrerito que podía leerse en la entrada de su biblioteca. Un aforismo de Cioran, irónico para un hombre que no había salido nunca, como quien dice, de su Bretaña natal:

«París es el lugar ideal para fracasar en la vida».

Era de esos hombres que prefieren la patria chica a la Patria, sin convertirse por eso en nacionalistas histéricos. Su

apariciencia se prestaba a presagiar lo contrario: tan largo y flaco, con las venas del cuello hinchadas y una intensa pigmentación rojiza, podía suponerse en el acto que la suya era la geografía física de un temperamento irascible. Pero tal cosa no era ni mucho menos cierta. Gourvec era una persona reflexiva y sensata para quien las palabras tenían sentido y destino. Bastaba con pasar pocos minutos en su compañía para dejar atrás esa primera y errónea impresión; aquel hombre daba la sensación de ser capaz de contemporizar consigo mismo.

Fue, pues, él quien modificó la disposición de sus estantes para dejarles sitio, al fondo de la biblioteca municipal, a todos los manuscritos que soñaban con encontrar un refugio. Un revuelo que le trajo a la memoria a Jorge Luis Borges, que dice que coger y dejar un libro en una biblioteca es cansar a los estantes. Hoy se han debido de quedar agotados, pensó Gourvec, sonriendo. Tenía un sentido del humor de erudito y más aún: de erudito solitario. Así era como se veía él, y era algo que se acercaba mucho a la verdad. Gourvec contaba con una dosis mínima de sociabilidad; no solía reírse de lo mismo que se reían los lugareños, pero sabía imponerse la obligación de escuchar un chiste. Iba incluso de vez en cuando a tomarse una cerveza a la taberna que había al final de la calle y a charlar de todo un poco con otros hombres: tan poco que es como si no fuera nada, pensaba; y en esos trascendentales momentos de exaltación colectiva era capaz de avenirse a una partida de cartas. No lo molestaba que pudieran tomarlo por un hombre como los demás.

Se sabía bastante poco de su vida, salvo que vivía solo. Había estado casado en la década de 1950, pero nadie sabía por qué su mujer lo había dejado al cabo de pocas semanas. Decían que la había conocido a través de un anuncio por palabras: se habían estado escribiendo mucho tiempo antes de conocerse en persona. ¿Era esa la razón de que el matrimonio hubiera fracasado? Gourvec era posible-

mente el tipo de hombre cuyas declaraciones ardientes agradaba leer, por quien una era capaz de dejarlo todo, pero la realidad que estaba detrás de la belleza de las palabras era muy decepcionante.

Otras malas lenguas habían andado cuchicheando por entonces que si su mujer se marchó tan pronto, fue porque él era impotente. Teoría que probablemente no era muy atinada, pero cuando la gente se encuentra con una psicología compleja, le gusta afianzarse en las cosas básicas. Así que, en lo tocante a ese episodio sentimental, el misterio seguía sin dilucidar.

Después de que se marchara su mujer, nadie supo de ninguna relación duradera, y no tuvo hijos.

Resultaba difícil saber cuál había sido su vida sexual. No era imposible imaginárselo como amante de mujeres mal atendidas, con las Emma Bovary de su época. Algunas debían de haber buscado por los estantes algo más que satisfacer una ensoñación novelesca. Junto a ese hombre, que sabía escuchar puesto que sabía leer, era posible evadirse de una vida de autómatas. Pero no hay prueba alguna de todo eso.

Algo sí que es cierto: el entusiasmo y la pasión de Gourvec por su biblioteca nunca fueron a menos.

Recibía con una atención específica a todos los lectores, esforzándose por estar al tanto y crearles un itinerario personal entre los libros expuestos. Según él, de lo que se trataba no era de que nos guste leer o nos deje de gustar, sino más bien de saber cómo hallar el libro que nos corresponde. A todo el mundo le puede encantar leer si se cumple la condición de tener en las manos la novela adecuada, la que nos va a gustar, la que nos va a decir algo y que no podremos soltar. Para lograr ese objetivo había desarrollado, pues, un sistema que casi podía parecer paranormal: al mirar en detalle la apariencia física de un lector era capaz de deducir qué escritor necesitaba.

La incesante energía que empleaba para tener una biblioteca dinámica lo obligó a ampliarla. Fue, desde su punto de vista, un triunfo gigantesco, como si los libros formasen un ejército cada vez más encanijado en el que todos y cada uno de los puntos de resistencia contra una desaparición programada cobrasen el sabor de una revolución intensa. El ayuntamiento de Crozon llegó incluso a aceptar que contratase a una ayudante. Puso, pues, un anuncio para la selección. A Gourvec le gustaba elegir los libros de los pedidos que hacía, organizar los estantes y dedicarse a otras muchas actividades, pero pensar en tomar una decisión que afectara a un *ser humano* lo aterraba. Sin embargo, soñaba con encontrar a alguien que fuese como un cómplice literario: una persona con quien pudiera intercambiar opiniones durante horas acerca del uso de los puntos suspensivos en la obra de Céline o mirar con lupa los motivos por los que se suicidó Thomas Bernhard. Un único obstáculo se oponía a esa ambición: sabía perfectamente que sería incapaz de decirle que no a alguien. Así que el asunto iba a ser muy sencillo.

Contrataría a la primera persona que llegase. Así fue como Magali Croze se incorporó a la biblioteca pertrechada con esa virtud indiscutible: la rapidez en responder a una oferta de trabajo.

3.

A Magali no es que le gustase especialmente leer^[3]; pero, como era madre de dos niños de corta edad, necesitaba encontrar trabajo enseguida. Más que nada porque su marido solo tenía un empleo de media jornada en los talleres de la Renault. Cada vez se fabricaban menos coches en Francia, y en aquel inicio de la década de 1990 la crisis se estaba instalando para quedarse. En el momento de firmar

el contrato, Magali se acordó de las manos de su marido, de esas manos siempre sucias de grasa. Mientras se pasase todo el día manejando libros, ese era un inconveniente al que ella no tendría que arriesgarse. Iba a resultar una diferencia fundamental: en lo que a las manos se refería, cada cónyuge estaba tomando una dirección diametralmente opuesta.

En definitiva, a Gourvec le pareció bien trabajar con alguien para quien los libros no eran algo sagrado. Es posible llevarse bien con un compañero de trabajo sin necesidad de hablar de literatura alemana una mañana tras otra, reconoció. Él se ocupaba de asesorar a los usuarios y ella se hacía cargo de la logística; el dúo resultó perfectamente equilibrado. Magali no era de las que cuestionan las iniciativas del jefe, pero no pudo, sin embargo, por menos de expresar sus dudas en lo referido al asunto aquel de los libros rechazados.

—Pero ¿qué interés tiene almacenar unos libros que no quiere nadie?

—Es una idea americana.

—¿Y qué?

—Es en homenaje a Brautigan.

—¿Quién?

—Brautigan. ¿No ha leído *Un detective en Babilonia*?

—No. Pero da igual, es una idea muy rara. Y además, ¿de verdad quiere que vengán a dejar los libros aquí? Vamos a cargar con todos los psicópatas de la zona. Los escritores están fatal de la cabeza, todo el mundo lo sabe. Y los que no publican deben de ser peores aún.

—Por fin encontrarán un lugar. Considérelo como una obra de caridad.

—Ya lo entiendo: quiere que sea la Madre Teresa de los fracasados.

—Justo. Eso es más o menos.

—...

Magali fue aceptando poco a poco que podía ser una idea bonita e intentó organizar la aventura con buena voluntad. Por entonces, Jean-Pierre Gourvec puso un anuncio en las revistas especializadas, particularmente en *Lire* y en *Le Magazine littéraire*. Un anuncio que proponía a cualquier escritor que deseara depositar su manuscrito en aquella biblioteca de los libros rechazados que fuera a Crozon. La idea agradó en el acto y muchas personas hicieron el viaje. Algunos escritores se cruzaban toda Francia para ir a quitarse de encima el fruto de su fracaso. Podía emparentarse el viaje con un camino místico, la versión literaria del de Santiago. Tenía un gran valor simbólico aquello de recorrer cientos de kilómetros para acabar con la frustración de que no lo publicaran a uno. Era un camino hacia la supresión de las palabras. Y quizá tenía aún mayor fuerza en aquel departamento francés donde se hallaba Crozon: Finisterre, el fin de la Tierra.

4.

En unos diez años, la biblioteca acabó por albergar cerca de mil manuscritos. Jean-Pierre Gourvec se pasaba la vida observándolos y lo fascinaba la fuerza de aquel tesoro inútil. En 2003, cayó gravemente enfermo y estuvo hospitalizado en Brest mucho tiempo. Desde su punto de vista, fue un padecimiento doble: le importaba menos su estado que el hecho de no estar ya con sus libros. Desde la habitación del hospital siguió dándole directrices a Magali y no dejó de estar al acecho de la actualidad literaria para saber qué libro encargar. No debía faltar nada. Ponía sus últimas fuerzas en lo que siempre le había valido de impulso. La biblioteca de los libros rechazados no parecía interesar ya a nadie, y eso lo apenaba. Tras la excitación de los primeros tiempos, el proyecto sobrevivía, más o menos, gracias al

boca a oído. En los Estados Unidos, también la Brautigan Library empezaba a hacer agua. Ya nadie quería dar acogida a aquellos libros rechazados.

Gourvec regresó muy flaco. No había que ser adivino para darse cuenta de que no le quedaba ya mucho tiempo de vida. A los vecinos de la ciudad, con algo parecido a una reacción bondadosa, les entró de pronto un deseo irrefrenable de sacar libros de la biblioteca. Magali había fomentado aquel nerviosismo libresco artificial al comprender que era lo que le proporcionaría las últimas dichas a Jean-Pierre. La enfermedad lo había debilitado y no reparó en que esa afluencia repentina de lectores no podía ser natural. Antes bien, aceptó el convencimiento de que su trabajo de toda la vida al fin daba fruto. Iba a marcharse acunado por esa tremenda satisfacción.

Magali pidió también a varios conocidos suyos que escribieran deprisa y corriendo una novela para proveer los estantes de libros rechazados. E incluso le insistió a su madre.

—Pero ¡si yo no sé escribir!

—Pues precisamente por eso. Ha llegado el momento. Cuenta tus recuerdos.

—No me acuerdo de nada y hago montones de faltas.

—Eso importa un bledo, mamá. Necesitamos libros. Hasta la lista de la compra vale.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees que puede resultar interesante?

—...

Al final, su madre prefirió copiar la guía telefónica.

El escribir libros cuyo objetivo era directamente que los rechazasen equivalía a alejarse del proyecto inicial; pero daba lo mismo. Los ocho textos que consiguió Magali en pocos días hicieron feliz a Jean-Pierre. Vio en ello un leve estremecimiento, una señal de que nada estaba perdido. No iba a poder presenciar por mucho tiempo los progresos de la biblioteca, así que le hizo prometer a Magali que, al me-

nos, conservaría los libros que se habían ido acumulando en todos esos años.

—Se lo prometo, Jean-Pierre.

—Esos escritores han depositado en nosotros su confianza..., no podemos traicionarlos.

—Estaré pendiente. Aquí estarán protegidos. Siempre habrá un sitio para aquellos de quienes nadie quiere saber nada.

—Se lo agradezco.

—Jean-Pierre...

—¿Sí?

—Quería darle las gracias...

—¿Por qué?

—Por haberme regalado *El amante...*, es tan bonito.

—...

Gourvec le cogió la mano y se quedó así un buen rato. Pocos minutos después, sola en el coche, Magali se echó a llorar.

★

A la semana siguiente, Jean-Pierre murió en su cama. Se habló de aquella figura tan entrañable que todo el mundo iba a echar de menos. Pero a la breve ceremonia del cementerio fue poca gente. ¿Qué iba a quedar a la postre de aquel hombre? En un día como aquel a lo mejor era posible entender ese empeño encarnizado que había puesto en crear la biblioteca de los libros rechazados. Era una tumba contra el olvido. Nadie iría a meditar sobre su tumba, de la misma forma que nadie iría a leer los manuscritos rechazados.

★

Magali mantuvo por supuesto la promesa de conservar los libros que ya tenían, pero no disponía de tiempo para seguir adelante con el proyecto. El ayuntamiento llevaba unos meses intentando ahorrar de donde fuera; especialmente en todo cuanto tuviera que ver con la cultura. Tras la muerte de Gourvec pasó a ser la encargada de la biblioteca y no le dieron permiso para buscar quien la sustituyera a ella. Se quedó sola. Los estantes del fondo se descuidarían poco a poco y el polvo iría cubriendo esas palabras sin destinatario. La propia Magali, acaparada por su tarea, no se acordaría de ellos sino de tarde en tarde. ¿Cómo iba a imaginarse que aquel asunto de los libros rechazados le iba a poner la existencia patas arriba?

Segunda parte